



A large, stylized signature in blue ink is positioned on the right page. The signature is enclosed within two parallel orange diagonal lines that run from the top right towards the bottom left.

SESION FUNEBRE DEL SENADO

1º de Mayo de 1980

Miguel Hernández Agosto

José Figueres

Rómulo Betancourt

Luis A. Ferré



Encarnaban en Don Luis Muñoz Marín las más altas virtudes: compasión humana, desinterés de lucro personal, dedicación a las causas nobles y una innata y profunda honradez. Estas virtudes han sido y deben seguir siendo motivo de inspiración para todos los puertorriqueños.

Al morir, Don Luis deja, a través de sus ejecutorias, ejemplos de lo que son y deben de ser los verdaderos valores para todos los puertorriqueños --independientemente de consideraciones políticas.

La Fundación Luis Muñoz Marín fue creada con el fin de preservar, difundir y fortalecer estos valores, de tal suerte que los puertorriqueños de hoy y del mañana, podamos gozar de una sana y justa convivencia social; como se logró bajo su liderato y su inspiración.

La Fundación Luis Muñoz Marín se propone llevar a cabo esta tarea auspiciando una serie de proyectos y actividades educativas --concebidas y ejecutadas en un contexto no político-- que propendan a destacar el pensamiento de Don Luis Muñoz Marín como lo que fue: ejemplo de virtud ciudadana para todos los puertorriqueños.



SESION FUNEBRE DEL SENADO

1º de Mayo de 1980

Miguel Hernández Agosto

José Figueres

Rómulo Betancourt

Luis A. Ferré

MIGUEL HERNANDEZ AGOSTO

Hay soledad en nuestras almas, soledad que queremos romper con la compañía de esta angustia colectiva y no lo logramos, sigue habiendo soledad en nuestras almas. Un hombre extraordinario que ha tocado la vida de millones de puertorriqueños en su fructífera existencia, parte hacia las regiones de lo infinito. Y la presencia física de esa figura extraordinaria no estará aquí para servirnos de inspiración directa, para que su voz suene a nuestros oídos, para que su consejo llegue a nuestras mentes. Deja tras sí la más grande transformación de un pueblo hecha con el profundo amor que siempre le profesó, con la grandeza de su corazón y con su visión extraordinaria de lo que debía ser la vida buena de los puertorriqueños a los que él quiso tanto.

Don Luis Muñoz Marín, no quiso ser miembro de un partido político, quiso ser siempre el líder de su pueblo. Más allá, mucho más allá, que la dirección de un partido político, él se honraba en hablarle a su pueblo como puertorriqueño, de puertorriqueño a puertorriqueños. Un mensaje que debe ser cátedra obligada de toda persona que haga una incursión en el campo político: su discurso del 16 de noviembre de 1940. Hacía once días que había ganado las elecciones por el voto de mayoría en el Senado con un empate en la Cámara de Representantes, Don Luis Muñoz Marín. Once días después le decía a su pueblo y cito de ese mensaje: "Así quería desde hace años tener la oportunidad de ser escuchado por mi pueblo, con ese espíritu le he hablado siempre, pero sabía que muchos me oían como quien oye al miembro de otra tribu política tratando de quitarle votos a la tribu política del que escuchaba y eso hacía que mis palabras no pudieran ser enteramente útiles a mi pueblo, porque les eran demasiado útiles a mi partido que es solamente una parte de mi pueblo. Hoy ya no hay trincheras en las mentes de los que me escuchan para no dejar entrar en su entendimiento la verdad que puedan llevar mis palabras."

Hace cuarenta años, llegando al poder por primera vez, se negaba a ser líder de un partido y reclamaba el derecho a ser líder de su pueblo. Y decía más este maestro extraordinario. Decía: "Nuestra responsabilidad ante nuestro pueblo no se limita al cumplimiento del programa, es responsabilidad de

enseñanza y es responsabilidad de ejemplo. Los líderes del Partido Popular Democrático, no podemos aceptar la demostración tremenda de renovación en el corazón de nuestro pueblo humilde y sencillo, sin registrar nuestra propia conciencia y hacer nosotros en nosotros mismos la renovación que sea necesaria en nuestras costumbres políticas, en nuestras maneras de hacer y ver las cosas para colocarnos a la altura en que se han colocado los campesinos la gran masa del pueblo de Puerto Rico."

Hablaba de líder de un pueblo, hablaba el maestro de multitudes y de ahí, de ese discurso que, repito, debe ser lectura obligada, de ahí surge el derroteo de su curso en el gobierno. No gobierno de favores ni de privilegios, ni de halagos; es gobierno de justicia, la justicia que él le había predicado al pueblo de Puerto Rico. El privilegio es la negación de la justicia y así al campesino el salario justo por su trabajo, al maestro el sueldo por cada mes de trabajo, no sueldo por nueve meses ni por cada mes de trabajo, no sueldo por nueve meses ni por diez meses, la existencia es continua día tras día, mes tras mes y necesita el hombre todos los días para enfrentarse a la dureza de la vida. Al desamparado el techo para el que no tenía casa y las escuelas se abren y los hospitales se amplían y las fábricas se multiplican y de un pueblo con una juventud que miraba el horizonte y el horizonte estaba casi pegado a sus propios ojos, se amplía el horizonte y muchos de los que hoy ostentamos una profesión, no hubiésemos llegado a tenerla si no hubiese existido en Puerto Rico un Luis Muñoz Marín que le hizo campo, mis queridas amigas, mis queridos amigos. Qué le hizo sitio, para que no hubiera cabeza en Puerto Rico que quisiera estudiar y no pudiera porque su familia no tenga los medios. Ya en la Universidad de Puerto Rico no había una verja de acero que no pudieran penetrar los hijos de los pobres. El corazón noble y la obra fecunda de Luis Muñoz Marín eliminó las barreras que hacían imposible que los pobres llegáramos a las universidades.

Ese Puerto Rico mucho mejor que hoy tenemos mucho, mucho mejor del Puerto Rico de nuestros padres, el Puerto Rico que tomó en sus manos Luis Muñoz Marín para transformarlo con su corazón, con su conciencia y con su cabeza, todavía no es el Puerto Rico que Luis Muñoz Marín soñaba. El

Puerto Rico sencillo, laborioso donde nadie tuviera más de lo que necesitaba, pero nadie tuviese menos que lo que necesitaba. Ese Puerto Rico libre de excesos todavía tenemos que cuajarlo.

Yo siento su ausencia, la siento profundamente, pero sé que en la carretera, en la escuela, en el hospital, en la fábrica, en la energía eléctrica, en la pluma, en el acueducto, Luis Muñoz Marín está presente. Luis Muñoz Marín sigue caminando por los campos y los pueblos de Puerto Rico en su obra grande, en su obra inmensa. Pero ese Luis Muñoz Marín sería un Luis Muñoz Marín estático si nosotros no hacemos otras cosas y Luis Muñoz Marín no era estático. El Luis Muñoz Marín dinámico que conocimos, que transformó nuestras vidas ese Luis Muñoz Marín lo tenemos que llevar cada uno como puertorriqueños, dentro de nuestras almas y convertirlo en realidad del futuro de Puerto Rico.

Cierro los ojos de la carne para abrir los ojos de mi espíritu y allá en el horizonte ancho que deja Don Luis Muñoz Marín, veo a un pueblo esforzado, trabajador, luchador. Veo, allá en la cima de la montaña los campos verdes cultivados, la tierra produciendo alimentos para su gente. Miro allá en los valles, en las carreteras, las casas modestas y sencillas, pero con todo lo necesario para la vida buena. Veo salir en las mañanas al jefe de familia en pos del trabajo, a ganar el pan de cada día con el sudor de su frente y veo sus hijos caminar tranquilos a las escuelas. Escuelas para todos y veo un pueblo tranquilo, no veo un pueblo tras rejas, veo a un pueblo en sana convivencia y veo un pueblo no solamente buscando un bienestar material, sino que lo veo en ese día de descanso, el padre y la madre con sus hijos, la familia toda camino de la iglesia, de la iglesia de su predilección. Ese pueblo sencillo y bueno, a esa imagen de pueblo sencillo y bueno dedicó Luis Muñoz Marín su inmenso corazón y si queremos tenerlo con nosotros, si lo queremos tener vivo, siempre vivo, que en cada puertorriqueño más allá de líneas partidistas, en cada puertorriqueño haya un Luis Muñoz Marín que no quiera ser jefe de una tribu que le quiera dar a los puertorriqueños de puertorriqueño a puertorriqueño.

Estas palabras que salen del corazón de uno a cuya vida tocó tanto y tan íntimamente Luis Mu-

ñoz Marín no solamente en su quehacer colectivo, sino en la relación personal. Tengo que hacer ahora para terminar, el recuerdo de estos momentos últimos de esa, de esos momentos inolvidables cuando a esta mujer extraordinaria, compañera de su vida, cuando todos creíamos que ella necesitaba consuelo, nos encontrábamos que ella venía a nuestro paso a darnos consuelo. Y en la funeraria cuando ya su féretro salía para este Capitolio, vi mover su mano buscando otra mano y era la mía. Acercamos nuestras cabezas. Creí que necesitaba apoyo, me llevaba cerca de ella para darme consuelo diciéndome: "El te quería mucho y esperaba mucho de ti." A ella y a él digo: no podemos hacer menos que llevar por dentro para plasmarlo en realidad a un Luis Muñoz Marín.

JOSE FIGUERES

Hay un pueblo en una pequeña isla del Caribe donde para honrar la memoria de alguien que además de ser el padre de la patria fue el dirigente de un partido político, se reúnen sus partidarios y sus adversarios. Hay un pueblo donde un gobierno de partido contrario acoge a los visitantes como si viniéramos a homenajear a un contrario de Muñoz Marín. Hay un pueblo donde se puede hablar sin temor del fundador de un partido que no es el que momentáneamente está en el poder, sin temor de ser agredido, puede ser en alguna forma menospreciado. Eso infortunadamente no es, aunque debiera ser, lo corriente en el Caribe. No es lo que debiera ser lo corriente en América. Esto es un paso más adelante de lo que son varios de nuestros pueblos de América Latina todavía, ahora al final del siglo XX. Este es un pueblo civilizado, este es un pueblo de alta educación cívica. Y esa altura de educación se debe indudablemente a la naturaleza misma del pueblo puertorriqueño y en mucho a la labor educativa de Muñoz Marín.

Ha muerto un latinoamericano como pocos en la historia de América Latina. Ha muerto un hombre de cultura universal, de cultura de renacimiento, del nacimiento europeo. Poeta, prosista, educador, conductor político, gobernante y por sobre todas las cosas, hombre de un corazón que casi no le cabía en el cuerpo. Hombre de un corazón dedicado al pueblo puertorriqueño en primer lugar, a sus amigos de to-

das las nacionalidades, porque por todo el mundo fue reconocido, a su familia desde luego y por sobre todas las cosas, dedicado su gran corazón a un concepto, a una concepción de lo que debe ser el Puerto Rico del futuro.

Si hubiera que buscar un nombre para darle un símbolo a América, para darle un símbolo de lo que debe ser, si hubiera que buscar a un hombre que esperamos que se repita de aquí a un siglo y de aquí a varios siglos, por todos los ámbitos de Puerto Rico y por todos los ámbitos de nuestra América, habría que pronunciar las palabras Luis Muñoz Marín.

Y si estuviera ahora aquí presente, ¿ qué le pediría a los puertorriqueños ? Le pediría a corto plazo, que procuren terminar la democrática campaña electoral en que están empeñados con el mayor grado de respeto mutuo posible. Que procuren en su memoria y en la memoria de varios otros ilustres puertorriqueños que han creído en la democracia, darle elevación, darle mucho respeto, darle muestra de civismo a esta campaña electoral en que hoy están empeñados los puertorriqueños y que como todas las luchas democráticas tiende a dividirlos, tiende a herirlos los unos a los otros como pasa en nuestro país que procuren, yo creo que diría Muñoz Marín si estuviera vivo, bajar el diapasón, si ha estado alto que no sé de las polémicas de cada puertorriqueño a su contrario, a su adversario político. No puede haber juego de la democracia sin respeto mutuo. Esas son cosas que le salían del corazón a Muñoz Marín y que estoy seguro que hoy las repetiría. Y que si notara que alguno de sus partidarios estén especialmente acalorados o dolidos, como pasa siempre en nuestras luchas electorales, les diría: " Compañeros, paciencia ". Y a los contrarios les diría: " Puertorriqueños, prudencia ". Y a todos les diría: " Puertorriqueños, patriotismo ".

Muñoz Marín era tan grande y tan polifacético que logró juntar alrededor de sí un verdadero ateneo de pensadores puertorriqueños. Yo viví esa época en que aquí se encontraba una fórmula nueva en la historia de las instituciones políticas para arreglar la relación entre Puerto Rico y los Estados Unidos. Y es que buscar fórmulas nuevas cuando las existentes y experimentadas no dan soluciones, requiere

genio y eso era Muñoz Marín: genio. Lo conocí varios años pensando si la culta Francia imitara en Argelia lo que ha hecho Muñoz Marín en Puerto Rico. Si la culta Francia buscara una fórmula de terminar su enorme problema en el África y evitar más matanzas y evitar toda la violencia que ya ha comenzado a desencadenarse, como la violencia en que hoy se desencadena en muchos pueblos del mundo, yo decía, si la culta Francia tuviera a un Muñoz Marín, no habría problemas de Argelia. Hemos presenciado algunos de nosotros en nuestros países de América, la traída de matones que llamamos, la traída de mercenarios para imponer las tesis de quienes gobiernan. ¿ Qué clase de gente trajo Muñoz Marín a Puerto Rico si no fue lo más alto de la intelectualidad del mundo ? Harvard se vertió sobre Puerto Rico y ayudó a redactar la nueva Constitución. De todas partes de donde había gente amante de la cultura y de la paz y de la democracia, vinieron a asesorarlo, a asesorar al ateneo que llamo yo al grupo que trabajó con Muñoz Marín, a darle sus luces y a producir esa concepción que sin interferir, sin interferir en la lucha política del momento, ahora; sin opinar en lo que los puertorriqueños deben hacer con su vida presente y futura. Con todo respeto para quienes piensan que de ahora en adelante Puerto Rico debiera darse otra fórmula política, aquí vino, aquí se creó un concepto nuevo de la sociedad humana, un concepto nuevo de las relaciones entre un pueblo pequeño y un pueblo grande, las relaciones en que una ex colonia y una gran potencia y eso, señores es una creación enorme intelectual de ese poeta filósofo que fue Luis Muñoz Marín.

Pueblo de Puerto Rico, vicisitudes vendrán que tal vez dividan en nuevos grupos a los puertorriqueños, pasará un siglo, pasará más tiempo y esta unidad de corazones que hay entre todos los seguidores de Luis Muñoz Marín, al menos, puede que se divida, puede que haya polémicas, puede que vengan distintas opiniones. Dificultades vendrán que dividirán a los puertorriqueños en sus luchas del futuro, en sus luchas sociales, en sus luchas políticas. Cada vez que este pueblo pase por una crisis, cada vez que este pueblo pase por una crisis que invoque un nombre, aunque sea un hombre de cien o doscientos años atrás, que invoque un nombre que supo solucionar la más grave crisis de la historia de Puerto Rico y que pide

a Dios que venga otra vez Muñoz Marín a iluminar al pueblo puertorriqueño.

ROMULO BETANCOURT

El agudo don Miguel de Montaigne, escribió hace siglos un pensamiento. En él dice que cuando los dolores son profundos en el hombre, tiende a librarse de ellos envolviéndose en una estúpida y profunda mudez. Los hombres que hemos entregado nuestras vidas a la lucha social no tenemos ese burladero, ese escapismo de quedarnos mudos, sino que sobreponiéndonos a nuestras profundas tristezas con un puño al corazón adolorido, tenemos que hablar cuando ha muerto un hombre como Luis Muñoz Marín. Para mí no fué sólo el compañero en una misma trinchera ideológica, sino el amigo entrañable. Se ha señalado muchas de las facetas de Luis Muñoz Marín, como hombre de pensamiento y de acción. Pero quiero destacar una arista de su personalidad singular. Luchó todos los días y todas las horas para lograr que su patria puertorriqueña disfrutara de un régimen de libertades, de democracia, de respeto a los derechos humanos, pero no enquistó en el egoísmo lugareño de sólo preocuparse porque su pueblo tuviera libertades, bienestar económico, cultura, salud. Volvió los ojos hacia América Latina aplastada por dictaduras y en la década del 50, Puerto Rico se convirtió en el asilo de todos los hombres libres de América y de Europa. Aquí pudimos vivir, crear, Pablo Casals, Pedro Salinas, Luis Alberto Sánchez, Ciro Alegría, Los argentinos, los dominicanos, los nicaragüenses, encontraban en este pueblo ajeno, acogedor y en Luis Muñoz Marín el estímulo, el apoyo, la solidaridad. Fui uno de esos millares de latinoamericanos que llegamos a Puerto Rico. Durante cuatro años compartí el pan y la sal de esta tierra y de esta gente generosa, acogedora y buena, pero en Luis Muñoz Marín e Inés María, su compañera extraordinaria, tuvimos una receptividad afectuosa, comprensiva de un hombre que estaba convencido de que no es cierta la tesis de que los pueblos latinoamericanos están condenados por ciertas razones de historia, de raza y de clima a vivir bajo el yugo de los déspotas. Y cuando vinieron, se sucedieron a partir de 1958, los procesos de recuperación de las libertades en América Latina y, entonces, se pudo ver cómo llegaban a jefes de estado,

a ministros, a parlamentarios, hombres que habían vivido exilados en Puerto Rico. Y en esa época no era que actuaba Muñoz Marín por seguidismo al gobierno metropolitano. Era la época dolorosa en que el Departamento de Estado agasajaba, festejaba, condecoraba a los dictadores y perseguía a quienes luchaban contra la dictadura. Es explicable porqué Luis Muñoz Marín recibió cálidas demostraciones de simpatía y de gratitud. Aquí voy a decir por primera vez que cuando viajé como Jefe de Estado en una visita oficial a los Estados Unidos, programé una primera escala en Puerto Rico. No John F. Kennedy que era un hombre abierto a los aires renovadores desde los nuevos tiempos, sino gente de mentalidad pasatista en el Departamento de Estado objetaron que yo hiciera esa escala en Puerto Rico y recuerdo como le dije al Embajador de los Estados Unidos en Caracas, Alan Steward: " Comunica a tu gobierno Alan, que yo voy primero a Puerto Rico en mi visita de Estado y si esto se considera que no es correcto, de San Juan me regreso a Caracas ".

Mucho he escrito ya en mis memorias, próximas a circular, sobre la amistad y el intercambio de ideas y de impresiones que mantuvimos a lo largo de los años, desde el 1949 hasta hoy, Luis Muñoz Marín y yo. Reuniones en New York, después en Puerto Rico, en el frío Jájome, en la playa, encuentros en Europa, en Berna, donde podíamos disfrutar del placer de caminar solos sin custodia ni guardaespaldas, por las calles de la vieja ciudad historeada y cada vez que nos reuníamos, la conversación versada fundamentalmente sobre una renovada fe en la capacidad de nuestros pueblos para ir creciendo, desarrollándose, alcanzando metas cada vez más altas de cultura y de bienestar dentro de la democracia y la libertad. Este es un ejemplo fundamental que deja Luis Muñoz Marín. Cuando veía desfilando las largas colas de gente, unos llevando una rosa, otra apenas tocando el ataúd pienso, pensaba que Luis Muñoz Marín ya es el padre de la patria puertorriqueña. Los adultos, los niños, los bisnietos de esos niños de hoy volverán la mirada hacia el ejemplo de hombre consagrado a trabajar y a luchar por su pueblo a través de los siglos. No deja riquezas materiales, no se preocupó mucho, nunca por amasar dinero. Su tarea fue lograr para su pueblo puertorriqueño una buena vida, esa palabra tan suya, la palabra bueno.

Recuerdo que cuando alguien le decía en mi presencia, es que se necesita sangre nueva en la política, él le contestó: " Lo que se necesita es sangre buena".

Termino ya, diciéndoles que el más triste, que el puertorriqueño que se sienta más triste, no tiene una tristeza superior a la mía.

LUIS A. FERRE

Al decir hoy estas palabras en homenaje póstumo al hombre que por ocho años prestigió la Presidencia de este Cuerpo en este estrado, lo hago con el corazón cargado de pena, para reconocer la obra ingente de esfuerzo en este recinto legislativo.

Difícilmente hay alguien que mantuviera tan larga e intesa controversia con Luis Muñoz Marín. Discrepamos en el campo de las soluciones políticas de nuestro destino, pero ambos coincidimos en que la unión permanente con los Estados Unidos, aunque por rutas distintas y el goce de la común ciudadanía americana, eran esenciales para la supervivencia y progreso de nuestro pueblo al amparo de las grandes instituciones democráticas que han servido para orientar al mundo por el camino de la libertad y el respeto a la dignidad humana.

Coincidimos también en el objetivo de lograr justicia social. Una mejor distribución de la riqueza, la más alta calidad de la educación, el más acendrado amor por los valores culturales de nuestro pueblo y el deseo de darle supremacía en la vida al goce de los valores espirituales sin abandonar el desarrollo de la producción de la riqueza para el goce de los servicios materiales necesarios para la salud y la subsistencia.

Pero por encima de todas las ideas que nos puedan, o nos pudieran unir o separar, tengo la convicción de que Muñoz Marín sintió siempre un profundo amor por nuestra tierra y por el goce de la auténtica libertad.

El amó con fe inquebrantable la libertad personal del individuo. Su emancipación de las cadenas económicas que muchas veces le impiden una convivencia feliz dentro de la sociedad de que forma parte. Su destaque contra la opresión de las injusticias

impuestas por los egoísmos. Pudiendo haberse hecho rico con su inmenso talento y su extraordinaria capacidad administrativa, se conformó con vivir también en una sencillez serena, casi como un ermitaño. A su alrededor, no obstante, brillaban las riquezas que él ayudó a nuestro pueblo a conquistar. Se esforzó en impartirles sentido real a las bellas palabras. Buscó los datos concretos, trató de construir sobre las rocas, entretejió los sueños de su juventud con las realidades de su madurez para darle elevación a sus afanes y esclarecida calidad de su vida.

Su acrisolada honradez corría pareja con su valor moral, demostrado una y otra vez en sus decisiones y hasta en sus rectificaciones. No vaciló nunca en dar el primer paso hacia nuevas iniciativas. Jamás supo lo que es marchar con la frente baja ni retroceder por miedo.

Tribuno de primerísima categoría, polemista no superado en ningún momento de nuestra historia, luchador infatigable, era hombre capaz como lo demostró de abrirse sus propios caminos con sus propias fuerzas. Amado de las musas, cultivador del buen gusto, alma refinada, era hombre que hacía de su conversación una cátedra amena y alegre. Fue un vigoroso líder que desde muy temprano comprendió que el pueblo se compone de gente y no de intereses. Entendió que la gente va primero, la persona de carne y hueso, la que lleva un chispazo de Dios en el alma. Esa es la que tiene que provocar la atención del líder.

Muchas veces coincidimos y otras muchas veces discrepamos en nuestras actividades políticas, pero nuestras discusiones y nuestras discrepancias se mantuvieron siempre en los más altos niveles de respeto mutuo y del decoro.

Fue líder porque nació para líder. Con todas las dotes necesarias para serlo. Fue líder porque puso su empeño en sacar al pueblo de la pobreza. Fue líder porque tenía la necesidad espiritual de servirle a su país desinteresadamente, sacrificadamente. Y tuvo la fortuna de encontrar una compañera que lo ayudó a desplegar toda su grandeza, doña Inés María. Mujer de fina inteligencia y elevados sentimientos que lo alentó en sus campañas y compartió con él lo mismo triunfos que amarguras. Como si el bien

del pueblo no fuera suficiente acicate para él, ella también fue una noble inspiración constante. Y aquí a sus hijos, hoy les hacemos este reconocimiento para que lleven el mismo a su madre.

Me honré con la amistad personal de Luis Muñoz Marín y también me honré como contendiente suyo, porque se siente uno crecer cuando se enfrenta a un hombre grande como él. Cada cual por su lado trató de obtener lo mejor para Puerto Rico y a veces lo tratamos trabajando juntos, como lo hicimos en la Asamblea Constituyente en este recinto y luego en la Comisión Congressional para el status de Puerto Rico en el Congreso.

A sus argumentos oponía mis argumentos. A sus razones oponía mis razones y ahora, encuentro el diálogo cortado. El ocupaba un sitio excepcional en el cuadro de mi pensamiento político. Ya el cuadro no será el mismo sin él.

Con toda mi alma me uno a su distinguida familia en este momento de duelo, y como puertorriqueño siento que su tragedia es mi tragedia.

Hombres como Luis Muñoz Marín no se producen a menudo. Por eso hay que abrazarse a su memoria para que su vida sea ejemplo a la juventud de lo que es la democracia.

Hoy, por encima de discrepancias y convicciones que nos dividieron, me acerco a su recuerdo y me abrazo con él más estrechamente de lo que lo hiciera nunca físicamente con el glorioso patricio durante su vida tan estrecha y cálidamente como sé y como espero que se está abrazando con él, la pura conciencia del pueblo porque él lo dió todo a nuestro buen pueblo puertorriqueño.

JUNTA DE DIRECTORES

Salvador E. Casellas
Presidente

Ricardo Alegría
Heriberto Alonso
Jaime Benítez
Francisco Javier Blanco
Reece Bothwell
Hiram Cancio
Roberto de Jesús Toro
Miguel Angel García Méndez
Víctor Gutiérrez Fulladosa
Arturo Morales Carrión
Teodoro Moscoso
Fernando Picó
Víctor M. Pons, hijo
Guillermo Rodríguez Benítez
Belén Serra
Efraín Vassallo

COMITE ASESOR

Jorge Bird
Antonio J. Colorado
Thomas Hughes
Marta Casals de Istomin
Julián Marías
Rubén Rodríguez Antongiorgi
Evaristo Toledo
Julio A. Torres

DIRECTOR EJECUTIVO

Luis E. Agrait

FUNDACION LUIS MUÑOZ MARIN, INC.

Apartado 2367
Correo General, San Juan, Puerto Rico 00936
TELS. : 755 - 7979 / 761 - 7442 / 755 - 4506